Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

IV – La cabalgada de los Hijos de Isma'il

6 – El arrepentimiento de una pecadora

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2019
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.
www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

6 – El arrepentimiento de una pecadora

Mientras tanto, volvamos a Mohammad Ibn El-Kâmel[1]. El narrador nos ha contado que, un buen día, éste se presentó ante Baïbars, le besó la mano y le dijo:

- Y bien, mi señor, ¡se diría que me has olvidado!

Recordemos que Mohammad Ibn El-Kâmel, al igual que Hayîch y sus bayaderas, se habían instalado en el palacio de Baïbars; pero este último estaba tan ocupado con los asuntos de la administración del distrito y examinando las denuncias que le presentaban los ciudadanos, que no había tenido tiempo de ocuparse de ellos.

- ¡Bienvenido seas, Mohammad! –le dijo–. Por Dios, es verdad que te había olvidado un poco. Dime qué quieres, y ¿cuál es esa promesa que te había hecho?

- *Efendem*, ¿no me habías prometido obtener el arrepentimiento de Hayîch y dármela por esposa?

- ¡Es verdad, tienes razón!

Así que hizo llamar de inmediato a la joven, que fue y le besó la mano.

- Bueno, Hayîch –le dijo–, ¿no crees que ya es hora de que te arrepientas, de que abandones esa existencia pecaminosa, y de que vivas en el temor de Dios? Mira, te voy a casar con Mohammad Ibn El-Kâmel, y de ese modo quedarás al abrigo de las tentaciones del diablo.

- ¿Y de qué quieres que me arrepienta, mi soldadito? ¿Pero tú qué te has creído? ¡Yo; yo soy una muchacha honesta! ¡Nunca he estado con un tío, y aparte de mi madre, nadie en el mundo puede presumir de haberme dado ni tan siquiera un beso! Así que, ¡de qué pecados me hablas tú! Y, para empezar, dime, ¿qué hago yo de malo?

- Lo que te pido es que abandones la danza, que te veles con decencia delante de los hombres que no sean de tu familia, y que no levantes la voz. Porque esas son cosas que la Ley no permite, y que desagradan a Dios y a Su profeta.

- ¡Ah, pues si es eso lo que quieres, soldadito, ya puedes esperar sentado! ¡Yo soy una artista, y a mí, lo que me gusta es la buena vida, las fiestas refinadas y la pasta! ¡Eso es la vida para mí, y yo me arrepentiré cuando las ranas críen pelos, no antes!

---

[1] Mohammad Ibn El-Kâmel es el hermano de leche de Baïbars, enviado por el padre de este último a la búsqueda de su hijo (sobre los orígenes de Baïbars, ver *Las infancias de Baïbars*). El-Kâmel, se enamoró perdidamente de Hayîch, una bayadera deslenguada; el cándido joven, después de que ella lo dejara en la miseria, y le infligiera las peores humillaciones, fue recogido por Baïbars, y este último, sin desvelarle su identidad, le prometió que le ayudaría a obtener la mano de su bien amada.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Miserable, no te da vergüenza, comportarte de ese modo ante Dios!

- Pero bueno, ¿me quieres decir qué mal hay en lo que yo hago? A mí me gusta pasármelo bien, eso es todo.

- ¡Mujer perversa! ¡Precisamente es ese infame libertinaje lo que ofende al Señor! ¡Y como no me obedezcas, ya puedes ir temblando por tu vida!

Y Baïbars siguió amenazándola sin conseguir resultado alguno.

- Pero vamos a ver, soldadito de mis entretelas, ¿tú te crees que van a hacerme mella tus amenazas? ¡De sobra sé que tú no me puedes hacer nada!

- ¿Y eso por qué, desgraciada?

- Pues mira, mi joven señor, tú eres un muchacho honesto, de los de espada al cinto, valiente y caballeresco; si quieres batirte, lo harás con un soldado como tú; o bien podrás ir a castigar a un tipejo como Jidr El-Buhayri, o a uno de esos reyes francos que te ataque con su ejército; pero nunca se te ocurriría abusar por la fuerza de una pobre muchacha como yo; una chica más bien lenguaraz y con poca cosa en la cabeza.

Baïbars se daba cuenta de que ella tenía razón; así que cambió de método, e intentó embaucarla mediante palabras dulces y persuasivas, pero sin resultado alguno.

En esas estaban, cuando Otmân irrumpió en la estancia.

- ¡Ho, ho, mu güenas, soldao! ¿Qué se pasa aquí?

Baïbars le puso al corriente de todo el asunto.

- ¡Pero, coleguilla mío, no te da vergüenza! –exclamó Otmân cuando se enteró de lo que sucedía– ¿Ya has acabao de dar la brasa a esta linda chiquilla? ¿Pero tú qué te crees? ¿que va a dejar su güena vida por tus bellos ojitos? ¡Ni de coña, ésta es una juerguista, y lo único que le gusta es el jolgorio y los chistes guarros! ¡Anda, déjala en paz! Vente Hayîch, no te priocupes, el soldao te decía to eso en broma.

Y Otmân se llevó a Hayîch fuera de la sala; Baïbars le dejó hacer, porque la experiencia le había enseñado que Otmân siempre que actuaba era para bien.

Y claro está, Hayîch estaba rozagante de alegría, pues se imaginaba que Otmân la había salvado definitivamente de ese asunto; así que, alegre como unas castañuelas, andaba junto a Otmân hasta llegar a las caballerizas.

- Entra un momento a dar los güenos días a los muchachos –le dijo Otmân.

- ¡Tú de qué vas, Otmân! ¿qué se me ha perdido a mí entre los palafreneros?

- Pero ¿tú qué te crees que te van a hacer? ¡El güen Dios les ha creao como a tos los demás! ¿Es que los ricachones con los que t'ajuntas valen más que estos, o qué?

- De todos modos, no estoy tranquila.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Venga, no seas miedosa, tú sabes que yo m'he repentío.

Así que Hayîch acabó por entrar; Otmân llamó a sus hombres a voz y en grito:

- ¡Ho!, ¡muchachos, aquí'stá la guapita que vié a darsus los güenos días! ¡Eh, Oqereb, compadre mío, y tú Harhash, piazo hijo puta, traerme pa ca un colchón!

Trajeron un jergón de paja que arrojaron en un catre.

- Ale, siéntate –dijo Otmân a Hayîch.

- Escucha, Otmân, no te lo tomes a mal, pero es que tengo un poco de prisa…

- ¡Pero güeno!, ¡qué te pasa, te digo que t'asientes ahí, como una reinona, y entavía me discutes!

- Vale, de acuerdo –dijo Hayîch, sentándose.

- ¡Bien venía seas, guapeja! ¡Menúo honor que nos haces! ¡Eh, Harhash, trae pacá un vaso e sirope! Y tú, Cabezón, prepara el café.

Cuando Hayîch acabó de beber, Otmân fue a sentarse a su lado y le deslizó una mano por el corpiño.

- Oyes, sabes que tù'stás pero que mu bien fabricá… Anda, tiéndete un poco, que te voy a enseñar una cosa.

- ¡No, Otmân, por favor, déjame salir!

- ¡De eso na, ahora no! ¡Di más bien que soy yo el que te va entrar, sí!

- ¡Piedad!

- ¿Piedá? ¿Y qué quié decir esa palabra?

- Pero, Otmân, ¿no te habías convertido en un muchacho honesto?

- Ah, eso sí, yo hago mis balbuciones y mis pringarias[1], y me froto el ojete hasta que hace chup, chup. Sí, sí, yo me sé toas las dotrinas de mi religión, y m'hago las siete pringarias[2] al día.

- Entonces, si te has arrepentido, ¿qué andas haciendo ahora mismo?

- ¡No t'asustes! Somos ochenta muchachos, amás de Oqereb, Harhash y yo; ca uno tié qu'echarse cinco polvos; yo m'echaré once. ¡Pero atenta, sólo hoy! Mañana nos repentiremos.

- ¿Es que no tienes corazón?

---

[1] Por "mis abluciones" y "mis plegarias".
[2] En principio sólo se hacen cinco plegarias al día, pero Otmân está convencido de que son siete.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Y tu hermana, ¿no hace la calle, eh putilla? Venga vamos, ¡tengo que ponerm'al día antes qu'el soldao me trinque!

Otmân agarró a Hayîch por la cintura, la volvió de espaldas, se desató el cinto de sus zaragüelles y se abalanzó sobre ella, exhibiendo un "instrumento" que, podría medir unos tres cuartos de codo de largo. Ella se debatía, llamando a Baïbars a voy y en grito. Éste último, al oír sus gritos, llegó corriendo y encontró a Otmân abrazado a Hayîch y a Hayîch que se retorcía debajo de Otmân.

- ¡*Bora* Otmân! –le gritó.

- ¡Aguarda un poco, soldao! ¡Por el Secreto la Dama, a la que haya acabao, la repudio, y te la paso, rubito! ¡tú pués beneficiártela el primero, y nosotros nos la follamos después!

- A ver canalla, pero ¿qué me estás contando? ¿tú no te habías arrepentido? ¿sí, o no?

- ¡Sí, sí! Yo m'he repentío, pero ella, ¿por qué no se ripiente? ¡Por el Profeta, que no la suelto hasta que no se ripienta!

- ¡Piedad, soldado! –gemía la desgraciada–. Por el Secreto de la Dama; me arrepiento de todo lo que provoca la cólera de Dios, y Le suplico que me acoja entre sus penitentes.

- Bueno, ya basta, Otmân, déjala tranquila.

- Eh, pequeña –le dijo mientras la soltaba–, no creas que Otmân ha olvidao su ripentimiento. To esto solo era pa gastarte una broma.

Baïbars se llevó a Hayîch adonde estaba Mohammad Ibn El-Kâmel, e hizo que ésta reiterara ante él su voto de arrepentimiento.

- Y ahora –le dijo–. ¿Qué te parecería casarte con este joven? Si tú lo aceptas por esposo, le concederás su deseo más querido; pero si no es así, no estás obligada a ello, y nadie podrá reprochártelo. [Baïbars le decía esto para poner a prueba la sinceridad de sus intenciones]

- Soldado, toda joven tiene que tener un marido para protegerla y una casa para abrigarla; y pues me he arrepentido, el matrimonio para mí es ahora una obligación. Y, en estas condiciones, no creo que encuentre un marido mejor que Mohammad, que ha dilapidado toda su fortuna y abandonado a su familia y a sus amigos por el amor que me profesa. Además, yo también le amo; le quiero más que a las niñas de mis ojos.

Pero como Mohammad no tenía ni un céntimo para la dote; fue Baïbars el que puso en su lugar el dinero para el *mahr*[1]; luego hizo venir a un sesudo sheij para redactar el contrato matrimonial, e invitó a todos los notables a la ceremonia. Mohammad y Hayîch se unieron por fin en justas nupcias; ¡gloria a Aquel que favorece las acciones honestas y prohíbe las viles! El cortejo condujo a la joven recién casada a la

[1] Según el Derecho Musulmán, el "mahr" es la cantidad de dinero que el novio entrega a los padres de su futura esposa, o directamente a ella, cuando la mujer es mayor de edad. La entrega del *mahr* es, en sí misma, constitutiva de matrimonio.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

habitación de matrimonio; Mohammad gozó de su mujer, tomó su virginidad, y se embriagó con sus atractivos encantos.

Días más tarde, cuando la fiesta hubo terminado, Mohammad anheló volver a su país y fue a pedir permiso a Baïbars.

- No veo inconveniente en ello –le repuso Baïbars.

- Pero, emir Baïbars, verás, hay algo que me retiene… El *qân* Jamak[1] me confió quinientas bolsas[2] que dilapidé, y ¿cómo me podría ahora presentar así ante él?

- Si sólo es por eso, no temas; cuando llegues ante él, y te pida nuevas de su hijo Mahmud[3], tú le habrás de decir: "Tu hijo te saluda y te besa las manos, y me ha pedido que te diga que ha entrado al servicio del rey El-Sâleh como mameluco, con el nombre de Baïbars, y que de momento, es el jefe del distrito de Mahalla".

- Pero señor, entonces… ¡Mahmud eres tú! –exclamó Mohammad en el colmo de la sorpresa.

- Sí, Mohammad. ¿Hay alguna señal por la que puedas reconocerme?

- Sí, un lunar que tienes en la nuca y las siete marcas de varicela que tienes en la frente.

- Pues bien, ¡mira!

- ¡Hermano mío! –exclamó Mohammad, embargado de alegría, y arrojándose a los brazos de Baïbars.

- Pero dime –continuó cuando se repuso de su emoción–, ¿cómo llegaste hasta aquí?

- Por los designios del Altísimo.

- ¿Y no vas a regresar con tu padre?

- No puedo. Aquí es donde me aguarda mi destino: tengo que llegar a ser rey de Egipto. Así me lo han anunciado en más de una ocasión los Hombres de Dios, y está escrito en el Libro de las Profecías del Imâm[4]. No obstante, te voy a confiar una carta para mi padre, en la que le explicaré todo. Eso calmará su pena.

- ¡Que Dios te recompense!

Mohammad confesó a Hayîch sus proyectos de viaje, proponiéndola que, o bien se viniera con él, o que se quedara en El Cairo; en ese último caso, le prometió que

[1] Es el nombre del padre de Baïbars. Ver "Las infancias de Baïbars".
[2] Unidad de medida equivalente a quinientas piastras. Unos cien francos de oro.
[3] Es el verdadero nombre de Baïbars. Ver "Las infancias de Baïbars".
[4] Se trata de la *Profecía Escarlata*, atribuida a Ali Ibn Abî Tâlib, primo y yerno del Profeta del Islam. En esta saga, el único ejemplar conocido de ese libro, lo conserva el jefe de los isma'ilíes, el capitán Jamr, que es uno de los pocos que conocen el encriptado de su escritura cabalística. Ver "Las infancias de Baïbars".

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

vendría a verla con frecuencia, pero que, por el momento, no podía soportar ya más estar lejos de los suyos.

- ¿Y qué quieres que haga yo sola en El Cairo? –le respondió Hayîch–. No podría sufrir nunca más tu ausencia, y cada instante sin ti, me haría languidecer.

Entonces, Hayîch pidió a Baïbars que enviara un hombre al Cairo para liquidar todos sus bienes, y cuando recogió toda la suma, se la entregó en su totalidad a su marido, que entonces pudo comprar todo lo necesario para el viaje.

Baïbars, por su parte, le entregó un regalo, le cargó de presentes para su padre, junto con una carta; hizo que preparasen una litera para Hayîch, mulas para sus sirvientas, y contrató a muleros y escoltas. El día de su partida, les acompañó durante una etapa entera, luego se despidió de ellos y regresó a Mahalla, mientras Mohammad El-Kâmel, acompañado de su mujer, y cargado de riquezas, tomaba el camino de la lejana Jwârezm[1].

**** **** **** **** ****

Próximo relato de "La cabalgada de los Hijos de Isma'il" ...

7 - "El misterio del puente de Mahalla"

[1] Región del Asia Central, al sur del mar de Aral. En esta saga, es la patria de Baïbars.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6